

# EL ECO LITERARIO.

## SEGUNDA SÉRIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

Núm. 19.--Domingo 9 de setiembre de 1849.

En provincias 15 rs. por trimestre.

### ECONOMÍA POLÍTICA.

#### LECCION PRIMERA.

ONVENCIDOS de que sin el conocimiento de la ciencia económica jamás saldrá una nación del estado de postración y miseria á que malos y desacertados sistemas de gobierno la han reducido; convencidos por otra parte, que tanto los escritores nacionales como extranjeros, al esponer los principios que constituyen esta ciencia no supieron, ó se olvidaron de sujetarla á un método rigurosamente filosófico, único capaz de reducir á sistema las innumerables y encontradas opiniones que en vez de esclarecerla la han hundido en la oscuridad mas espantosa; penetrados de que una esposición sencilla y metódica de esta ciencia, contribuiría poderosamente á su desarrollo influyendo en gran manera á mejorar la posición material y moral de las naciones; nos hemos determinado á publicar estas lecciones, persuadidos, si no de añadir grandes verdades á las descubiertas hasta ahora, al menos de establecer la luz en el lugar de las tinieblas, y el método en el lugar de la confusión y el desorden.

#### ORIGEN DE LA ECONOMIA POLITICA.

El origen de la economía política ha dividido en dos bandos á sus escritores. La mayor parte, y entre ellos nuestro entendido y elocuente Florez Estrada, no le conceden mas antigüedad que el siglo pasado, al paso que Gioya, Blanqui y algunos otros, la hacen subir á la primera civilización de los pueblos. Si constantes en nuestro sistema analítico observamos con detenido exámen el desarrollo intelectual y moral de la especie humana, encontraremos el origen de la riqueza, y por consiguiente de la economía política, en la constitución física é intelectual del hombre.

Si Dios hubiese creado á la especie humana enteramente á su imágen; sin apetitos, sin deseos, sin

necesidades que satisfacer, la economía política no se contaría hoy en el número de las ciencias. Pero organizado con necesidades que era preciso satisfacer para conservar su existencia, tuvo que recurrir y recurrió á los objetos que la naturaleza le ofrecía espontáneamente, y que, en su concepto tenían alguna utilidad, es decir, que tenían la capacidad de satisfacer su apetito. De aquí vemos que aun remontándonos á los tiempos en que la tierra producía espontáneamente suficientes productos para mantener la vida del primer hombre, tuvo esta precisión de emplear un esfuerzo ó trabajo por su parte para proporcionárselos.

Andando los tiempos, y obedeciendo el hombre al instinto de la reproducción se multiplicaron las familias hasta un punto en que ya no fueron suficientes las producciones espontáneas de la naturaleza para satisfacer tantas necesidades. Entonces tuvo precisión de recurrir á sus fuerzas para hacer mas eficaz la acción de la naturaleza, y acumuló nueva utilidad á los objetos que ya la tenían, ó la creó en aquellos que de nada podían servirle. Los trabajos que el hombre habia empleado en aumentar ó crear la *utilidad* produjeron el *valor*, que no es otra cosa que la suma de trabajos empleados para obtener ó crear la *utilidad*. A la *utilidad* y *valor* les llamaremos *producción*; de modo que esta es la creación de *utilidad* y *valor*.

Pero los esfuerzos aislados del primer hombre no bastaron siempre para obtener todos los productos que sus necesidades, siempre crecientes, reclamaban. Era preciso reunir sus fatigas á las fatigas de otros hombres para obtener una cantidad de productos mayor que la que hubieran podido obtener con los esfuerzos separados de cada uno de ellos. De aquí fue necesario repartir el resultado de los trabajos reunidos, entre todos los que contribuyeron á producirlo: á esto llamaremos *distribución*, que es el reparto de los artículos adquiridos entre todos los que contribuyeron á producirlos.

A proporción que la inteligencia del hombre acumulaba nuevos conocimientos, y que los esfuerzos combinados de muchos hicieron mas productivas las fuerzas de la naturaleza, ya no se contentó aquel con los artículos producto de su trabajo, sino que deseó los productos del trabajo ajeno. Para conseguir este deseo fue necesario hacer un sacrificio por su parte,

es decir, entregar á otro parte de sus artículos en premio de los que otro le entregaba.

Así nacieron los *cambios* que no son otra cosa que la adquisición de uno de nuestros artículos, producto del trabajo ageno, mediante la entrega por nuestra parte de un valor equivalente. Con estos tres medios de acción, la *produccion*, la *distribucion* y los *cambios*, salió el hombre del estado de rudeza primitivo, y trasformó los aduares de salvages en sociedades llenas de vida, de placer y de encantos. De este modo consiguió reunir cuantos artículos puedan contribuir á perfeccionar su existencia: de este modo creó la *riqueza* que no es otra cosa que el producto de su trabajo. Mas tanta riqueza acumulada á fuerza de trabajos sin cuento, y luchando no pocas veces contra la misma naturaleza debia tener un fin. Este fin fue el *consumo*, ó sea la destruccion de una parte de la riqueza primitiva empleada para satisfacer sus necesidades.

La *economía política*, pues, es la ciencia que nos enseña las leyes que regulan la produccion, la distribución, cambio y consumo de la riqueza.

### AMARGURAS DEL CORAZON.

En la humana criatura  
todos los afectos son  
causa de tanta amargura,  
que para su desventura  
tiene el hombre corazon.

Y ese afecto seductor  
nos da tanto sufrimiento,  
nos hierde con tal dolor,  
que al lenguaje del amor  
se ha llamado *sentimiento*.

El hombre apenas respira  
ya concibe un tierno afán,  
que, simpatias le inspira  
por los que á su lado mira,  
y junto á su cuna están.

Mas los dias van pasando,  
y llega una fatal hora  
en que, sus horas llenando  
padre y madre, van dejando  
al pobre infante que, llora.

Así rompe la fortuna  
los vinculos del cariño,  
así mueren una á una  
las memorias de la cuna,  
las simpatias del niño.

Si el hombre precedero  
siente el bienestar consigo,  
halla un placer verdadero,

á la voz de un compañero,  
al abrazo de un amigo....

¡Cuántas plagas diferentes  
le arrojarán sus dolores!  
pues ya los mira dolientes,  
ya los halla indiferentes,  
ya los contempla traidores.

El amor de una muger  
es mal como los demas;  
¡un momento de placer!...  
¡mil siglos de padecer!...  
Si os amais, no ameis jamas.

Dejad que *ellas* aparenten:  
mientras falso al hombre llaman  
impuras pasiones mienten,  
ni como nosotros sienten,  
ni como nosotros aman.

*Ellas* han en sus amores  
para el amante arrogancia,  
para el corazon dolores,  
para el alma sinsabores,  
para el amor inconstancia.

¡Oh! si supiérais lo que es  
siempre amar, y siempre amar,  
y con febril interes  
ir soñando en un *despues*  
que jamas ha de llegar....

Si aprendiérais en el seno  
de tan profundo delirio  
que de hiel todo está lleno,  
que el sentir es un veneno,  
y la vida es un martirio....

Si llegárais á mirar  
que el amor es un tormento,  
y queriéndole olvidar  
no pudierais alejar  
tal amor del pensamiento....

Si queriendo devolver  
indiferencia al rigor  
con que os trata una muger,  
solo pudierais tener  
para *ella* frases de amor....

Si el deseo os abrasára,  
si el fuego que os carboniza  
nunca, nunca se apagára,  
hasta que solo quedára  
un puñado de ceniza....

¿Amariáis? qué sé yo....  
¿quién el loco frenesí  
de una pasión dominó?  
Si el alma dice que no,  
el amor dice que sí.

Amal, amad todavía  
si os causa el amor placer;  
yo preguntaré algún día,  
¿qué os dió tanta simpatía?  
contestareis: *padecer*.

¿Por qué, pues, tanto anhelamos  
el flujo y reflujo interno  
que sentimiento llamamos?  
¿a qué buscarlo, si hallamos  
en vez del cielo un infierno?

Si no teniendo ventura  
el seno de una pasión,  
tiene abrojos, amargura,  
infortunio y desventura....  
¿de qué sirve el corazón?

M. de Castells.

## PESCA NACIONAL.



A órden que hemos visto inserta en los periódicos de esta ciudad, dada por el entendido y benemérito comandante accidental de marina, Sr. D. Ramon Sarabia y Anjeler, referente á la pesca del *bou*, que

comenzó en 1.º del actual, y los curiosos apuntes que sobre la misma insertó *El Cid* del mismo día, nos han inspirado la idea de ocupar algunas columnas de este *Semanario* con las noticias que hemos podido adquirir de tan interesante materia, bastante desconocida hoy, de la que se ha escrito muy poco en obras especiales, y poquísimas en los periódicos. Casi se puede asegurar que hasta últimos del siglo pasado, en que D. Antonio Sañer Reguart publicó su extenso, histórico y altamente instructivo diccionario de las artes de la pesca nacional, solo se tenían algunas inconexas é incompletas nociones de esa *agricultura* marítima, equivalente sin disputa alguna á la terrestre, como tendremos ocasion de hacer ver, y que sin embargo de tan útil publicacion, el diccionario del Sr. Reguart, mientras ha sido apreciado dignamente y en su justo valor por los extranjeros, en España ha quedado casi olvidado. Nosotros, pues, aunque no prácticos en las cosas de mar, y escritores en periódicos puramente literarios, deseosos de dar á conocer los ramos de utilidad y prosperidad pública, empezamos desde hoy á secundar hasta donde podamos, los esfuerzos del estudioso é incansable Sr. Reguar, cuya autoridad, como hombre experimentado en el ramo, nos servirá de un poderoso auxiliar, y cuyas palabras

testuales trasladaremos mas de una vez á este *Semanario*.

Antes de empezar la tarea que nos hemos impuesto, no podemos resistir los deseos de insertar íntegros los dos párrafos con que el ilustrado autor del diccionario, ofrece al rey sus trabajos; en ellos vemos, y creemos verán nuestros lectores, originalidad y una curiosa exactitud que da una acabada idea de lo trabajosa que es la pesca.

Son los siguientes: «La pesca nacional, muger robusta, animosa, de tostado rostro, de endurecidas manos y callosas: que del Occéano y Mediterráneo en las saladas aguas se lava: perfumada con tea y alquitran, ó aceite de sardina y de ballena: vestida de redes de lino, cáñamo y esparto, cuyas franjas son corchos, plomos y relingas, con guarniciones de juncos, anzuelos y cordeles: bordados sus zapatos de transparentes escamas; y su melena prendida con blancas espinas.»

«Esta, pues, levanta los brazos al cielo en el feliz reinado de V. M. penetrada de gozo, porque en él mira la época mas dichosa de las atenciones, y del aprecio que merece su natural fecundidad y hermosura.» Bien se dejan conocer por las anteriores líneas, los rudos trabajos que lleva en sí la pesca, y que solo una mano hambrienta es capaz de emprenderlos. A la manera que frugales por naturaleza las primeras familias que poblaron el universo, reducian su alimento á las yerbas y frutas de los campos y bosques, sin mas condimento que conforme las presentaba la tierra, así tambien las primeras familias que se domiciliaron en las arenosas playas, hambrientas y necesitadas, estendieron sus manos á los animales que el embate de las olas arrojaba á la orilla de los mares. No otro fue el origen de la pesca; pero el hombre que de tal manera estendia su accion á los esquilmos del reino animal, necesitaba, para proporcionarse mas caza en el monte y mas pesca en los mares, buscar instrumentos y máquinas á propósito; hizo, en su consecuencia, tentativas y rectificó ideas hasta que consiguió el invento de la barca, el anzuelo y la vara de Júpiter maquinario, llamada en la antigüedad *Ceumiquio*.

Sin mas auxiliares, las producciones de la pesca fueron en aumento, la industria las fue multiplicando, la economía utilizando maravillosamente y el arte conservándolas á todo trance hasta nuestros días. De lo dicho se infiere que la pesca es una de las artes primitivas, y arte tan precioso, que no solo proporcionó—apenas conocido—alimentos nutritivos y saludables, sino que es el origen de la navegacion, el medio mas importante para la industria y comercio, especialmente en las naciones marítimas, y el semillero y verdadera escuela de excelentes marineros. Esplanemos mas estas ideas.

Las operaciones de la pesca se distinguen por los parages, por las estaciones y por los instrumentos; los primeros son los mares, rios, lagunas etc., segun

su anchuroso espacio, profundidad, remansos, pozos y embocaduras. Las segundas se llaman aquellas épocas en que los peces transmigran por instinto buscando el temple de ciertos países, costas ó aguas para desovar, nutrirse, ó para librarse de la voracidad de otros peces. Y respecto á los instrumentos, que son las verdaderas artes de pescar, se reducen á todos esos inventos esenciales, é infinitas combinaciones secundarias, en cuya diversidad consiste la numerosa pesca, y por lo tanto, la felicidad de los pueblos marítimos.

Familiarizados desde la niñez los pescadores con el terrible choque de las ondas, ejecutan la pesca en embarcaciones de varios tamaños, pero construidas, aparejadas y tripuladas para dicho objeto, siendo tal la eficacia de sus operaciones, que en ella se ocupan millares de familias marineras, y de ella se mantienen muchas y casi innumerables, porque proporciona á la agricultura consumos de sus primeras materias, como madera, cáñamo, lino, esparto, betun etc. etc., á la industria por la construcción de los buques, sus carenas, tegidos, cordería, velámen etc. etc., porque da trabajo á los que trinchán, salan, secan, ahuman, y escavechan, á los barrileros y cesteros, á los arrieros que trasportan el pescado á los pueblos interiores, y últimamente porque aumenta la Hacienda en los consumos de la sal, y en los derechos que se pagan. Y tanto es esto así, que según los anales de la más remota antigüedad, los usufructos de la pesca fueron causa de conmociones políticas, y de discordias entre naciones que apenas conocían la navegación. Marsella y Cartago se disputaron por largo tiempo las utilidades de la pesca (1).

El célebre Pluche, hablando de la pesca y de las preparaciones que de sus cosechas hacían los pueblos del Norte, dice: «todas estas especies de pesca se encuentra en aquellos pueblos, que están por ella en la posesión de un producto por lo común mayor y más seguro que el que dan de sí las minas del Perú, pues se acaban con el tiempo, cuando la vena del mar da y dará siempre á estas provincias muchos millones de renta al año. No pocos pueblos, á quienes la vuelta de los hielos les impide con bastante continuación el que llegue á madurar su siega, y á sanar sus mieses, hallan un auxilio siempre seguro en estas legiones de pequeños abadejos, asnillos marinos, y otros peces, que como ejércitos de socorro navegan sus costas y los conservan para todo el año, haciendo algunas veces de su harina un pan que recompensa la pérdida de la siega (2).»

Julio César trataba con particular aprecio á los diputados de los antiguos butavos, hoy holandeses, en atención solo á su pericia náutica y á las riquezas de su pesca, que tanto abasto dió á los ejércitos romanos en su permanencia á las cercanías del Rhin.

Rodrigo Caro, asegura que en su tiempo vió varias inscripciones y estatuas, que acreditaban que en siglos remotos fue la pesca una de las artes sobresalientes en nuestras costas, y que eran tan numerosas las gentes de mar que, según las inscripciones, ya entonces tenían su gremio y demas necesario.

Según Plinio (3) tuvieron comienzo las antiquísimas *Cetarias*, ó depósitos de pescados vivos que, no podían consumirse por su abundancia, añadiendo que por igual razón se inventaron en la Bética los *salsamentos*, llamados hoy condimentos ó escaveches, tan celebrados por Estrabon.

Nuestras costas septentrionales y mares de Galicia, comprueban bien que la abundancia que se nota actualmente en la pesca, se debe á los progresos antiguos de este arte, y que fue la que dió población y fomentó la mayor parte de sus puertos; Castro Urdiales, Laredo, Santander, San Vicente de la Barquera, Llanes, Rivadesella, Luanco, Luarca, Bermeo y otros dan un testimonio constante de ello.

Jaime Ample Fuster.

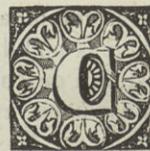


## AMOR DE HERMANO.

NOVELA.

(CONTINUACION.)

IV.



UANDO los dos jóvenes llegaron al sitio donde habían dejado atados los caballos, encontraron á don Tomás convertido en un segundo *Vertumno*.

Una enorme guirnalda de yerbas ceñía su cabeza; en su mano izquierda sostenía un ramillete-mónstruo compuesto de cuantas flores silvestres existen desde la inodora dalia hasta la común amapola; y de sus espaldas colgaba un haz de ramas de diferentes arbustos. Solo le faltaba el cuerno de la abundancia para ser una verdadera imagen del dios de los huertos.

—¡Ay, papá! — exclamó Joaquina al ver á su padre con un traje tan florido—¡qué silvestre está usted!

Don Tomás replicó con tono satisfactorio:

—¿Te admira mi aspecto, Joaquina? ¿Os sorprende mi vestimenta, Leonardo? Vamos, vamos— continuó frotándose las manos—no me desagrada. Esa admiración....

—¿Por qué nos llamaba usted, papá? — dijo Joaquina interrumpiéndole.

(1) Inst. lib. 48 Cap. 5.

(2) Tit. 5 pág. 249.

(3) Lib. 9. Cap. 15.

—Joaquina, déjame continuar; ya lo diré.— Esa admiración, esa sorpresa que mi presencia ha causado, son un lauro *envidiable*, un triunfo *inesfable*, una conquista *inapreciable*. ¡Soberbio! ¡Magnífico! ¡Divino! Yo me congratulo....

—Bien, papá, bien; pero díganos usted antes quiénes eran los que subían por la cuesta.

—Joaquina, ya lo diré; déjame ahora seguir.

Joaquina dijo en voz baja á Leonardo:

—Para rato tenemos, Leonardo.

—¿Qué quieres?—contestó éste—es tu padre, y debemos ser indulgentes con sus razones.

Don Tomás continuó:

—Yo, decía, me congratulo, me enorgullezco, me considero dichoso, al ver, al pensar, al considerar, que vuestra sorpresa, vuestra admiración y vuestro entusiasmo, revelan, manifiestan, dan á entender, que me juzgáis digno de penetrar en el augusto santuario de la ciencia, de la hermosa ciencia que con el nombre de *botánica* hace siglos se conoce en el mundo científico.

—¡Bravo, don Tomás!—dijo Leonardo.

—¡Muy bien, papá!—esclamó Joaquina.—Hoy ha estado usted felicísimo; ese discurso haría honor al mas sabio catedrático de la universidad de Granada.

Don Tomás continuó sumamente complacido:

—¿Conque es verdad, Leonardo, que he estado feliz, oportuno, inspirado? ¿Conque es cierto, Joaquina, que mi discurso haría honor, sería un timbre, daría prez al mas sapientísimo doctor? ¡Oh, dicha! ¡Oh, placer! ¡Oh, gloria!.... Bien mereceis, vos, Leonardo, y tú, Joaquina; bien mereceis que os dé una prueba de mi afecto, de mi gratitud, de mi agradecimiento. Voy á haceros partícipes de mis tareas científicas, voy á....

—Pero, papá, ¿no nos dirá usted quiénes eran los que subían por la cuesta?

—¡Ah, sí! sin duda que lo diré, pero antes quiero premiar dignamente las lisongeras palabras que habeis pronunciado en honra mía, antes quiero... quiero.... ¡Joaquina! ¡Leonardo! me faltan voces, me faltan frases, me faltan espresiones para corresponder á.... á.... á lo que he dicho. Empero, sin embargo, no obstante, yo daré una prueba inequívoca, estensible, indudable de....

—¡Papá, por Dios!

—Yo lo diré, Joaquina, yo lo diré.—Quisiera poder ofrecerles el cetro de un rey, el manto de un emperador ó la tiara de un papa; mis dones aunque no tan preciosos, de tan subido valor, de tan alto precio, no dudo que os serán mas gratos, mas....

—¿Y qué dones son esos? preguntó Joaquina.

—Dones lozanos, dones floridos, dones.... mas frescos.

—Veámoslos, y despues nos dirá usted quién subía por la cuesta, ¿sí, papá?

—Ya se ve que lo diré, pero antes....

—Veamos, papá, veamos.

—¡Ah! los teneis—dijo don Tomás, desciñéndose la guirnalda de yerbas, descolgándose el haz de ramas, y soltando el ramo de flores.

—¡Ah! son esos....

—Estos son, Joaquina; estos son, Leonardo, los frutos de mis tareas. Miradlos, contempladlos, examinadlos. ¡Ah! teneis el resultado de mis investigaciones.

—Muy activo es usted, don Tomás—dijo Leonardo.—No concibo como en tan corto tiempo ha podido usted examinar tanta diversidad de plantas.

—¡Oh, oh! el amor á la ciencia, Leonardo; cortísimo ha sido el tiempo que he estado herborizando, y á pesar de eso, he aumentado mi herbario con *setenta y siete* plantas.... ¡y qué plantas!... Cinco individuos pertenecientes á la clase *monandria* ó de un solo estambre; tres á la *heptandria* ó de siete estambres; siete á la *decandria* ó de diez estambres; diez y nueve á las....

—Bien, papá, ya nos lo contará usted mas tarde.... Díganos ahora....

—Joaquina, yo lo diré, no tengas cuidado.—Diez y nueve á la *icosandria* de veinte ó mas estambres. Pero lo que os sorprenderá sin duda es, que he encontrado millones de individuos del *protococcus atlánticus*. Sí, amigos míos, sí, á mí, á mi me cabe la gloria de haber sido el primer botánico que ha visto esa preciosa especie en el suelo de las Afortunadas. ¡Afortunado descubrimiento! ¡el dará á mi nombre una reputación envidiable, europea, universal! Y no lo dudeis, Leonardo; no lo dudes, Joaquina, porque el *protococcus atlánticus*, aunque apreciado de muchos, es conocido de pocos. ¡Como que es planta pequeña, diminuta, microscópica! ¡Figuraos que para cubrir una superficie de un metro cuadrado, se necesitan trescientos mil individuos! Pero no se han ceñido á eso mis laboriosas investigaciones; he encontrado tambien á la margen, orilla ó ribera de un arroyuelo el *llanten acuático*; he visto el *butonus*, planta acuática que....

—Bien, papá; todo nos lo contará usted despues; ahora necesitará usted descanso.

Don Tomás continuó:

—Planta acuática que pertenece al primero de los tres grupos en que el sabio, el científico, el ilustre Mr. Jussieu dividió la clase de las *monocotiledones*, segun puede verse en su obra de *Benerea plantarum*. Tambien he encontrado....

—Papá, por Dios, basta ya: se va usted á fatigar del pecho. Ya sabe usted lo que le sucedió en la disputa que tuvo dias pasados con el padre de Cármen.

—El padre de Cármen es un ignorante que no entiende palabra de botánica. ¡Sabeis, Leonardo, que tuvo la audacia, el atrevimiento, la desfachatez de sostener que la palabra *botánica* se deriva de

*Botany-Bay?*.... Como es natural me incomodé, me enfadé, me encolericé terriblemente; mas sosegado despues, destruí, refuté, hice trizas sus argumentos con mi irresistible, convincente é incontrastable lógica.

—Sí, pero se resintió usted del pecho y acaso le suceda ahora otro tanto, porque.... créame usted, papá, no le conviene que hable tanto.

—¿Qué dices Joaquina? Cualquiera que te oyera, te escuchára y te atendiera, creería que hablo como un energúmeno, como un loco, como.... como he dicho. Y no es así, no es cierto, no es exacto. Mi lenguaje es sosegado, claro, preciso y sobre todo, breve, compendioso, lacónico; en fin, en resúmen, por último, es cual conviene á un hombre abismado, sumergido... hundido en continuas meditaciones científicas. Y basta ya de botánica, que, aunque pudiera decir mucho, muchísimo mas sobre ella, lo dejo para mejor ocasion. Además, que en una memoria que escribiré, imprimiré y publicaré sobre mis investigaciones de hoy, vereis explicado minuciosamente lo que os he contado en conjunto.

—Y ahora, papá, ¿nos dirá usted quién subia por la cuesta?

—¿No te lo he dicho ya, Joaquina?

—No, papá.

—Si no me he engañado, si no me equivoco, si mal no recuerdo, yo he visto subir algunas personas por la cuesta. He creido que serian Luis, Cármen, su padre, Pedro, y el perro, y en esa creencia os he llamado; pero sin duda eran viajeros, transeuntes ó pasajeros que subian de la Cruz á Layema, porque han tomado el camino que conduce á esa ciudad.

—¡Y Leonardo y yo que creimos serian ellos!

—Mucho tardan en llegar—dijo Leonardo y añadió mirando hácia el puerto de la Cruz:—Y no se ve á nadie por el camino en todo lo que alcanza la vista.

—A caso, tal vez, quizás habrá llegado tarde el pailebot. Pero.... calla.... paréceme ver dos bultos allá abajo. Mirad, Leonardo, ¿no veis al principio de la cuesta, mas acá del bosque de naranjos, un grupo como de personas montadas?

—Efectivamente, contestó Leonardo siguiendo con la vista la direccion que le marcaba don Tomás.

—Sí, sí, exclamó Joaquina, yo tambien los veo.

—Y se dirigen, se acercan, se aproximan, hácia este sitio.

—¿No hay duda, ellos son! exclamó Leonardo: distingo claramente el sombrero pajizo de mi tío.

—¿Nos adelantamos á recibirlos, papá?... preguntó Joaquina.

—Lo mejor, lo mas oportuno, será esperarles en esa espesura, y cuando lleguen, cuando estén, cuando se encuentren aqui, los sorprendemos sa-

liendo de pronto, de improviso, de repente.

—Bien dicho, don Tomás—dijo Leonardo.—¿Qué placer recibirá mi querido Luis cuando tan sin esperarlo se encuentre con su hermano!

—Sí, sí, escondámonos entre los tilos—dijo Joaquina.

—Y tambien los caballos será necesario meterlos, observó don Tomás.

—Es claro, dijo Leonardo yendo á desatarlos.

Don Tomás recogió los *setenta y siete* individuos vegetales destinados á su herbario.

Leonardo ya habia desatado los caballos y con ellos de las riendas se dirigia al bosquecillo de tilos.

Don Tomás se acercó á él, le detuvo y le dijo:

—Una palabra, Leonardo.

—Decid.

—Vuestro hermano, Luis, á quien no tengo el gusto, la honra, el honor de conocer personalmente ¿es aficionado á la botánica?

—Bastante, don Tomás.

—¡Esceleste muchacho!... Me parece que seremos buenos amigos. Vamos, vamos á ocultarnos.

Y precedidos de Joaquina se metieron entre los tilos.

*Pedro Pruneda.*

(Se continuará.)

## EL MENDIGO.

LEYENDA ORIGINAL.

(Continuacion.)

DON JUAN.

Leonor, por última vez  
El verme os he concedido,  
Aunque de mas he sufrido  
Por vuestra fiera altivéz.

No os asombre.—Conoci  
Que tengo un deber con vos,  
Y no quiero, ¡vive Dios!  
Que os podais quejar de mí.

LEONOR.

No sé qué decir quereis,  
Os lo aseguro, don Juan.

DON JUAN.

Cese todo vuestro afan,  
Que ya me comprendereis.

LEONOR.

Hablad: atenta os escucho.

DON JUAN.

Del hijo de nuestro amor,  
¿No sabeis nada, Leonor?

LEONOR.

Lo deseo, don Juan, mucho.

DON JUAN.

Mirad, pues, este papel  
Que á la córte de Castilla  
Me mandan desde Sevilla.

LEONOR.

Y qué... ¿qué os dicen en él?

DON JUAN.

Cese vuestra agitacion.  
Cuando yo á vos lo presento,  
Claro es, que daros intento  
Completa satisfaccion.  
Enteraos de él: tomad.

LEONOR.

Tened la condescendencia  
De leer vos en mi presencia...

DON JUAN.

Muy bien, Leonor. Escuchad.  
Dice así:—«No he alcanzado  
Adquirir indicio alguno  
De tu hijo, siendo importuno,  
Amigo, Juan, mi cuidado.

Si consigo en adelante  
Alguna cosa indagar,  
Puedes en mí confiar:  
Te daré aviso al instante.» —

Y este que me escribe así  
Es antiguo amigo mio;  
Por eso que en él confío  
Encargo tal yo le di.

Nuestro hijo... ¡Triste! habrá muerto.

Si: lo mismo que murió  
La muger que lo guardó.  
Eso me consta: es muy cierto.

Lloremos, pues, su memoria,  
Y quédenos el consuelo  
De contemplarle en el cielo,  
Pidiendo por nuestra gloria.

¿Ya llorais?... me hareis llorar.  
Suspended por ahora el llanto:  
Os sobrá tiempo tanto...  
De otra cosa paso á hablar.

LEONOR.

Decidme lo que queráis.

DON JUAN.

Me habeis hecho comprender  
Cuál es con vos mi deber...

LEONOR.

¡Oh! ¡gracias que os acordais!

DON JUAN.

Leonor.... Mañana.... me caso.  
Y si algo tengo pendiente,

Quiero dejarlo corriente  
Antes de dar este paso.

Buscádome con afán....  
Como advertir he podido,  
Todo vos lo habeis perdido;  
Y no quiere esto don Juan.  
¡Tomad.... Y sed venturosa:  
Volveos á Andalucía,  
Que aun puede esa gallardía  
Ser allí perla preciosa.

Olvidad nuestros amores,  
Pues para siempre murieron,  
Lo mismo que perecieron  
Lozanas y bellas flores.

Podeis vivir tiempo largo  
Con ese caudal que os cedo,  
Por vos hacer mas, no puedo.  
Tranquilidad.... os la encargo.

---

Y cerca de la infeliz  
Un bolsillo colocó,  
Y como una estátua inmóvil  
Quedóse entonces Leonor.

Un vértigo pavoroso  
Cruzó su mente veloz,  
Y con ojos centellantes  
Al caballero miró.

Y miró dos ó tres veces  
El bolsillo con horror,  
Y al fin, dejando su asiento,  
En sus manos lo tomó.

Pero se llenó al instante  
De extraordinario temblor,  
Tan luego como del oro  
El sonido percibió.

Aquel sonido para otros  
Placentero, alhagador,  
Cual penetrante puñal  
Traspasó su corazon.

Nada dijeron sus labios:  
No se escuchó allí su voz:  
En todo como una estátua,  
La infortunada quedó.

Miró por segunda vez  
Al del lema vencedor,  
Y con desprecio inaudito  
El bolsillo le arrojó.

Y en seguida con furia desmedida  
Alejóse Leonor del aposento,  
Con tal velocidad en su partida  
Como súbita ráfaga del viento.

La idea de venganza adormecida  
Otra vez ocupó su pensamiento:  
Y con terrible voz, con voz insana,  
Solo su labio pronunció.... ¡mañana!

Pedro Campos.

(Se continuará).



## Mensajes.

El pueblo tiene siempre ó demasiada ó poca acción: á veces con cien mil brazos todo lo trastorna; otras veces con cien mil pies no anda mas que un insecto. (Montesquieu).

La muerte será tal vez un suplicio, pero no una expiación. (A. Dumas).

El hombre mantiene en su seno un deseo de dicha que no se destruye ni se realiza: en nuestros bosques hay una planta cuya flor se forma y nunca acaba de abrirse. Esta flor es la esperanza. (Cha-teaubriand).

Cuando se ha vertido la última lágrima y perdido la última ilusión: ¿qué recurso le queda en la tierra al alma despedazada, sino es la fe en la eternidad, el consuelo en el olvido, y el reposo en la oración? (Arlincourt).

## VARIEDADES.

**TOROS EN PARÍS.**—En las corridas del hipódromo parisien, ha habido tres contusos, y eso que los cuernos de los animalitos se parecían á la espada de Bernardo. No falta periódico que anatematiza con el epíteto de inmundo (*immonde*) semejante espectáculo.

**MOVIMIENTO DE PARÍS.**—Esta capital es el centro de nueve líneas de ferro-carriles; cada uno de ellos mantiene diariamente, por un cálculo medio, ocho convoyes que salen y ocho que llegan: total 144 convoyes. Cada uno de estos contiene sobre 300 personas, unos con otros; de donde se infiere que en los nueve embarcaderos de París se efectúa diariamente un movimiento de 43,200 personas.

**PINTURAS.**—En obsequio de las artes, y de nuestro privilegiado país, nos es indispensable hablar de los cuadros al óleo que últimamente ha pintado el distinguido jóven valenciano don Joaquin Garcia.

Dichos cuadros son dos retratos de cuerpo entero del señor don Nicolás María Garelly (que lo regala á esta Universidad literaria) y del señor don Juan Castillo.

Parecido sorprendente, colorido natural, verdad en los tonos, delicadeza en el pincel, precision en los contornos y belleza en el conjunto, son las cualidades que á primera vista resaltan en estas obras cuyas perfecciones sería imposible detallar. Felicitamos al señor Garcia por el feliz éxito que ha coronado sus esfuerzos, y nos apresuramos á rendirle este corto testimonio de nuestra admiración como un homenaje debido al genio, á las bellas artes y á nuestra patria.

**TEATRO.** La señora Gimenez se halla ajustada en clase de primera dama. El apreciable actor señor Lombía hará su primer salida en el *Avaro* ó en *García del Castañar*: deseáramos aplaudirle en aquella composición, porque tenemos noticias de que es una de sus me-

jores creaciones. El 15 del actual será la apertura de nuestro coliseo.

Tambien sabemos se trata del ajuste del entendido señor Orgáz y su hija: creemos que el público agradecerá al nuevo formador, tan buenas adquisiciones.

## BIBLIOGRAFÍA.

**COLECCION DE CANONES DE LA IGLESIA ESPAÑOLA.** Publicada en latin á espensas de nuestros reyes, por el Sr. D. Francisco Antonio Gonzales, bibliotecario mayor de la nacional de esta córte; traducida al castellano con notas é ilustraciones. Por D. Juan Tejada y Ramiro. Esta obra constará de dos tomos en fólío, divididos en unos veinte cuadernos de ocho pliegos cada uno, á dos columnas y á 5 rs. en Madrid y 6 en provincias. Se han recibido los cuadernos 1.º á 13. Sigue abierta la suscripción en la imprenta de D. José Mateu, plaza del Embajador Vich, núm. 12, á toda clase de obras y periódicos.

**DICCIONARIO GENERAL DE LA LENGUA CASTELLANA.** El mas manejable y completo; el mas inteligible y sucinto en sus definiciones; el mas uniforme en ortografía, y en fin, el mas completo de los de la lengua en la parte geográfica, pues contiene el nombre de todos los pueblos de España y Ultramar, con especificacion de la distancia á que se hallan de la capital de su provincia. Por D. José Caballero y D. Cipriano de Arnedo. Dedicado á SS. MM. la reina y el rey. Se han recibido las entregas 1.ª á 8.ª. Los señores suscritores que lo son por entregas, podrán acudir á recoger las citadas en la misma imprenta, donde se admiten suscripciones.

**LA HACIENDA.** Periódico especial para rentistas y contribuyentes.—Redactado por escritores de conocimientos y práctica en la administracion de todos los ramos que comprende la *Hacienda del Estado*.—Se publica en Madrid todos los jueves desde junio de 1849.—Formará cada seis meses un tomo en 8.º mayor, conteniendo las leyes y órdenes relativas á su especialidad; el exámen crítico ó discusion sobre las mismas; la denuncia de abusos ó daños que puedan cometerse en su cumplimiento; y todas las noticias y datos que se juzguen ser útiles para los empleados y para los contribuyentes. Esta publicacion será una biblioteca manual de *Hacienda pública española*, de sumo interés para todos.—Precios de suscripcion: 16 rs. por tres meses, 30 por seis, y 60 por un año.—Se suscribe en la citada imprenta.

**PROYECTO DE PUERTO EN CULLERA.** Memoria histórico-científica del origen, progresos y estado del *Proyecto del puerto en Cullera*, y canal de navegacion hasta Valencia; con indicacion de la navegacion del Júcar hasta el Océano. Escrita por don Domingo Bou, vocal secretario de la junta del proyecto, creada en esta capital en 1.º de enero de 1815. Remitida á S. M. en virtud de real orden de 25 de diciembre de 1817, é informada por el supremo consejo del almirantazgo, en consulta del mes de febrero de 1819, con espresion de que el proyecto es útil y debe ejecutarse.

Acompañada del plano geométrico del puerto que levantó el marqués de la Romana.—Consta esta obra de un cuaderno en 4.º de 70 páginas.

*Advertencia:* Siendo tantos los pedidos que se nos han hecho de esta obra, que no habíamos podido satisfacer por hallarse en reimpression algunos pliegos de la misma, se avisa á todos los que habian solicitado su adquisicion, que se halla ya de venta en la citada imprenta á 8 rs.

Imprenta de D. José Mateu Garin.